

"LA COLEGIALA"

MARTÍN SÁNCHEZ

Image not found.

Capítulo 1

"LA COLEGIALA" (R)

TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS

Y caí, como un suspiro de luna sucumbiría a la caricia del sol de primavera. Como sutiles y verdosas hojas de virulento vuelo, dibujando en su desvelo, una alabanza al corazón. Si todavía recuerdo... los hermosos y perfumados silencios de su roja y diminuta boca, con la frescura de cerezo, su mirada tranquila, su palabra embriagadora y etérea, sus manos puras y cristalinas, como leves y seductoras mariposas, pertenecientes a un solo cielo.

Su vestido de lino, sus libros de Anatomía, su dulce sabiduría, su rubia y corta cabellera acariciándole los hombros, su carita de ángel, sus preguntas ingenuas, sus lágrimas de azúcar, su voz de terciopelo, su vocecilla de golondrina, la humedad, de nuestros besos, su blanca y pincelada sonrisa, la dulzura de los movimientos de sus dilatadas pupilas, cuales fugaces destellos de lluvia dorada, dibujando en lenguaje de señales, las iniciales de las palabras: "te amo".

Como entregándose al romance de la brisa, como si el alma se diluyera de prisa, como si el incendio de las llamas de la cama de la muerte, se convirtiera súbitamente, en un puñado de rosas blancas, que sólo pueden tejer tus ojos reflejados en los míos. Cuando descubro entre tus brazos, la juventud que nunca tuve, el amor aventurero, que me negaba su cariño, el tibio roce del mar, mordiéndome los tobillos, una exquisita rosa del viento, que en tu mirada descubrió su fallecimiento.

Mientras escribo un talonario de alabanzas a la luna, con la tinta roja de mi boca, cuando toco tu piel, cuando bebo tu risa, cuando cuento las horas para volver a verte, simplemente: "cuando tu misteriosa mirada, me hace sentir más fuerte". "¡Qué bello es poder amarte, acariciarte, tocarte!", sin sentirnos discriminados, por las envidias de la gente, viéndose evaporar el tiempo, como cenizas que lleva el viento y que jamás han de volver, como pétalos de estrellas, desnudándose en tu piel. No sé todavía, si deba dejar el cielo morir el brillo de su estrella más lejana, si debiera el corazón, opacar las últimas placenteras noches de sus

sobradas desilusiones.

Debiera de ser la dicha: bandera de enamorados, rosados atardeceres, caminatas juntos por los salones de Arte Contemporáneo, paraísos de tu risa, burbuja de seducciones, fragancia de plenitud, sonidos de libertad, fulgor en el aire, cadencia en las sensaciones acaloradas de cada célula de mi cuerpo. Boca de rubí, alma de lucero, gemidos de esmeralda, pechos de miel, lágrimas de guitarra, rocío de lluvia, paisaje tornasolado, cabellos de girasol, que apenas rozó la brisa, manos sinceras, silueta de porcelana, tierna balsa que zozobra, entre las inclemencias de mis ganas.

Nada ni nadie robará siquiera, una sola de tus risas, ni tu palabra lejana, ni tu sonrisa de tiza, ni tu suspiro de bruma, que en mi cabello aterriza. Tu carácter para enfrentar a la vida, tu sentimiento de independencia, las verdades que desentierran tus labios, tus pupilas de seda, el vaivén que dibuja tu pelo sobre mi almohada de gomaespuma, el arrullo de tus brazos, al comenzar un nuevo día, la frescura de tu alma cuando se funde con la mía. Las tibias huellas de tus dedos, la elegancia de tus pasos, la perfección de tu anatomía, los pincelazos de lujuria, que desnudamos cada día. Tus confesiones de serenata, tu eterna luz de sabiduría, soñó mi Dios un paisaje hermoso, pues en un aula, te esperaría.

Tus desayunos americanos, a las seis y media de la mañana, con ese vaso de zumo de naranja recién exprimida, a medio servir, con las tostadas destilando su olorcito a recién horneadas, tu personalidad, tu sutileza, tus aires de libertad, el santuario de tus ojos, que suele elevarme al cielo. Tu nariz de cristal, tu lengua de terciopelo, tu total ausencia de ironía, nuestras charlas de economía, la felicidad, que nuestro amor aborda, la mágica y trágica adolescencia de las pequeñas cosas, tus cartas apasionadas, justo encima de mi mesita de luz, la primera vez que me dijiste: "te quiero", nuestras visitas al cine, tus zapatillas deportivas, que dejabas en el baño, justo antes de ducharte. Tus piernas de gacela, tu cuello de cisne, tu pollera de colegiala, con relieves y bordados, tus exámenes reprobados, nuestras visitas a misa, a las ocho y media de la noche, aquella charla con tus padres, por asuntos de familia, nuestros paseos por París, esos recorridos por las galerías, del Museo del Louvre, contemplando unos cuadros de Botero y algunos óleos de Picasso.

Tu cara dulce, fervorosa y emocionada, como trazando sutiles arcos expresivos, entre tu boca y tus ojos, tus primeras quince amonestaciones, por una riña con tus amigas, tu pequeña mochila negra, llena de libros y diccionarios, que en escasas ocasiones, llevabas a la biblioteca, tus distracciones en la hora de Matemática, tu marrón y diminuta cartuchera, repleta de lápices de colores, sacapuntas y lapiceras, haciendo juego con tu metro sesenta y cinco, empapado de vida y cargado de sueños. Estoy feliz, de redescubrirme en tu mirada de gata en celo y tus pisadas de gigante, de ser tu media naranja, de tirarme al vacío sin temor a caerme, porque sé que la savia de tu espíritu, me mantendrá a tu lado, altivo, eterno, constante, casi perpetuo, como rozando los cráteres de la bella luna, con las yemas de los dedos, sirviéndome de mullidos somieres, un manojo de nubes y un retazo de cielo, y haciendo las veces de gargantilla, a la exquisitez de tu perfumado cuello, una cadena de estrellas jóvenes, de luminiscencias adolescentes y arquitectura divina, de las que humildemente, quisiera ser la materia prima que amalgame la candidez de tu recuerdo.

“¡Hemos vencido, mi vida!”

“¡Somos eternos!”

“¡Estamos enamorados!”

No hay males en este mundo, que puedan desdibujarme, ni las envidias ajenas, ni los pétalos de rosas carmesíes, fluyendo a borbotones de mi pecho, ni las alevosas golpizas de los bueyes salvajes de los policías que custodiaban mi celda, a la altura de la sien, en el oscuro y gélido calabozo, al que se suele llamar “prisión”, ni el diagnóstico forense, minutos luego de haber partido, de la repulsiva indiferencia de este mundo.

Ni los silencios del entierro devenidos en nostalgia, ni la morbosa fragancia a muerte que yace en la naturaleza humana, ni el armonioso contorno del colorado ocaso, al fallecer una nueva noche, ni los caminos cruzados, ni las pupilas femeninas maquilladas por el odio, cual injuriosa funebrera, la viuda negra de la ironía, ataviada de casada, ocultando una filosa daga en medio del portaligas, y comprando

simpatías, con sonrisa de diamante y corazón desinteresado.

El dolor para mí, no tiene sentido, es el más aromoso, exquisito y espumoso vino tinto de la cosecha más añeja de algún recordado Malbec, al que ni siquiera bebo con soda. Veo gente a mi alrededor, todos hablan de lo difícil que es esta vida, multitudes de personas, ufanándose del pobre, comprando con simpatía la terquedad del rico, por menos de diez chelines, convirtiendo la belleza y humanidad del cuerpo, en la más puta, corrupta y mundana carnicería, vendiendo las emociones a mitad de precio, y pagando en efectivo, por una noche de placeres, veintisiete lunas negras de traiciones y castigos, y siete lágrimas de sangre, que es el precio del olvido.

Flamígeras llamaradas de amor, satinaron mi alma, al recordarte en cada paisaje, con tus manos tendidas, mirando el brillo del sol de mediodía, me percaté de que tus dientes, tienen la hermosura y delicadeza del marfil, el sideral declive de tu pelo casi besando tu hombro izquierdo, es el lago apacible y sentimental atravesado por la brecha del puente de Brooklyn, desnudando, el inconsciente delirio de querer acariciarte. De rozar tus cabellos de girasol, de morder tu boca, de fumar tu risa, de ser lección en mi vida, y yo polvillo de tiza, destinado a difuminarse en la infinitud del universo, en las trayectorias y vaivenes de las hojas, como poema de obra, como filosofía de vida, como sinfonía de luna, como maremoto de naturaleza divina que fuese a adornar, la frigidez de tu llanto vitrificado y tu sentimiento de abandono, que vieron llover mis desilusiones.

Quisiera ser el mapamundi de tus miserias, la geografía erótica de saber lo que más te excita, lo que más desea tu cuerpo, la cincelada orografía de tus delicados senos, casi perfectos, cuales sublimes piezas musicales que solíamos disfrutar juntos, mientras hacíamos el amor.

Y la dulzura de tus manos y su tibieza, supiera a la de la más estética y armoniosa paloma blanca, de arrullo artesanal y voz de Stradivarius recién acabado de afinar. Dirigiendo su vuelo, hacia el palomar de las emociones, en el que muchos dioses, en el que innumerables dioses, hubiesen deseado dejar su huella, pero sólo tu boca y el tornasolado resplandor de las estrellas, tienen esa fragancia dulce, de incendiaria libertad. Nado en el cielo, en la frescura de tu personalidad, planto semillas de esperanza en los cráteres de la luna, duermo en un somier de nubes apasionadas, y hago música con las pulsaciones de cada célula de

tu cuerpo, exudando el cósmico sudor de tantos soles como días tiene el año, viéndose maquillar la luna en el espejo de las virtudes, reflejadas en un charquito de agua salina, en las inmediaciones de tu casa, en el que suelen jugar los jovencitos, probando sus destrezas y habilidades, jugando al sapito, haciendo repicar, tímidamente, una piedra del tamaño de una aceituna, que raras veces, solía quedar en el charco. O jugando a la botellita en algún salón de colegio con compañeritas de curso, intentando ganarse un beso, obviamente, de la más linda.

Creo quizás, que esa fue una de las cosas por las que tengo razón de vivir, de nunca dejar de ser joven, de amar la libertad, de tener la cabeza llena de sueños, aún cuando sentía, que por lo menos en este mundo... el amor, no tenía cabida para mí. Estoy seguro de que tuve lo que buscaba, y todavía más de lo que quería, cuando te conocí. Hoy comprendo, que las cosas no salen siempre como uno quiere, que desear ser esto o aquello no siempre da resultado, ser exitoso o no serlo... ¿cuál es el término medio?

El término medio sos vos, es tu juventud, es la esencia de las pequeñas cosas, es la complacencia de los grandes desaciertos, es una mujer que se arrojó al amor, es el gemido de la guitarra de algún romántico bohemio que endulza tus oídos al despertarte para ir al colegio, con los ejercicios de Matemática a medio cumplir, con tu caminar pausado, tu postura refinada y aristocrática, cual Venus de Milo en el museo más pintoresco y prestigioso, anunciando un espectáculo inigualable, entre la cadencia, de tus pequeñas manos, haciendo círculos de pétalos de seda con las hebras de tu pelo, como besando en la mejilla al aire, dándole las gracias por acordarse de saludarte, golpeando con cortesía el sutil dibujo de tus pómulos rosados, casi frenesíes, casi bermellones, casi perfectos.

Para ser sincero, yo nunca fui apegado al arte, pero, desde que descubrí a aquella fascinante colegiala de ojitos aguamarina y labios de seda, comprendí, que entre el Cielo y la Tierra, el pétalo de una rosa blanca mojada por el rocío almibarado de la mañana, es el lugar más bello y delicado para que hagamos el amor... mientras nos decimos al oído: "te amo".

Cuentan los mayores, que desde ese día, siete días y siete noches, a partir del siete de enero, llueven lágrimas de lino en los salones de las

escuelas, y crecen flores, blanquecinas y perfumadas, en los pisos de las cárceles Francia y de todo el mundo, y también se suelen escuchar las mágicas melodías del profesor fallecido: "El Lago de Los Cisnes", de Chaikovsky, a través del susurro de un viejo piano de cola.